

sur de Jalisco. Muchas veces no responden a las preguntas de sus mismos paisanos. Su hermetismo viene de siglos y en muy raras ocasiones dan a conocer sus biografías. Por eso, *Pedro Páramo* se iba a titular *Los murmullos*; se refería fundamentalmente a esa forma de hablar: suave, quedo, despacio, en voz baja, que sólo unos cuantos escuchen, que jamás las palabras de los extraños interrumpían el sosiego de nuestros vivos y que jamás interrumpían la paz de los difuntos.

Además del gran desafío en torno a la recreación literaria, la visión de Rulfo respecto a México sigue la línea de los narradores de la Revolución; es una visión profundamente escéptica, cargada de muchos desengaños. Desde sus cuentos *Nos han dado la tierra*, *Diles que no me maten* o *El día del derrumbe* se pueden destacar, sin la menor dificultad, algunas críticas sin concesiones a la situación política. Recuerda a los puntos de vista de Mariano Azuela, de Martín Luis Guzmán o de José Revueltas. «Ya te he dicho que hay que estar con el que va ganando», dice Pedro Páramo sin el menor empacho; «¿para qué crees que andas en la Revolución?, si vas a pedir limosna estás atrasado...» le dice el cacique de la Media Luna a un supuesto revolucionario. En este sentido, Rulfo no se aparta de las críticas constantes a los traidores y a los oportunistas, pero siempre cuidando que la mirada del artista esté presente con su propio lenguaje y su ambiente cargado de sueños y resurrecciones.

El antecedente inmediato de *Pedro Páramo* es el cuento *Luvina*; en éste se presenta un pueblo abandonado, solitario, donde parece que sólo salen voces de las tumbas. Todos los personajes están ubicados en un pueblo desértico y los únicos que hablan son los muertos; los mejores testigos son las piedras y las casas desoladas; a veces parece que también habla el viento como una presencia extraña del mundo de los vivos. De inmediato salta a la vista lo que muchos teóricos de la literatura han expuesto en muchas páginas. Se nos presenta de golpe el llamado realismo mágico, lo real maravilloso, la vinculación entre la magia y la realidad, la literatura y lo inverosímil. Quizá Rulfo piense que todas estas cosas son «puros inventos», que está muy bien para los que se quieren divertir, pero la verdad es que están muy distantes de sus propósitos iniciales como escritor.

«Me han dicho que hay profesores que andan buscando Comala. Y claro, están perdidos porque nunca lo encuentran. Y buscan los pueblos que menciono en mis cuentos y no existen. Van a ver a mis hermanas que viven por allá y les preguntan “¿dónde queda este pueblo?, ¿quién era este personaje?”, y ellos les responden: “«mi hermano es un mentiroso, no hay nada de eso”» me ha dicho Rulfo alguna vez, como si tuviera muchas ganas de burlarse de los pretenciosos que siempre quieren encontrar lo inexistente en donde sólo la imaginación y la realidad se han vinculado para trabajar durante muchos años en unas cuantas páginas verdaderas.

Sin lugar a dudas que para Rulfo el acto de escribir representa una gran angustia; el papel en blanco espera a solas durante mucho tiempo y el escritor no sabe qué hacer. Él piensa en aquellos que no saben de literatura y creen que un libro sólo refleja una historia real, que el escritor narra hechos que ocurrieron con personajes que existieron. Y se equivocan: un libro es una realidad en sí —piensa Rulfo— aunque mienta respecto a la otra realidad. Y ahí está el escritor, fumando un cigarrillo tras otros, y

mirando la hoja en blanco y yendo y viniendo de un personaje a otro, de una palabra a otra y sin encontrar el tono, el diapasón, para la historia de sus protagonistas.

El recordar los treinta años de *Pedro Páramo* significa sacar a la luz el erotismo trascendental, distante, de los sueños que se desvanecen por todo el cuerpo magnífico de Susana Sanjuán o el resentimiento agazapado, la impotencia de saber que la venganza estará siempre lejos —placer de dioses—, esa frustración eterna de Fulgor Sedano; también es la ambivalencia del padre Rentería o las reminiscencias de Eduviges, de Damiana o de Dorotea como si sintiesen todavía la figura de Pedro Páramo junto a ellos. Se sabe que Juan Rulfo eliminó cerca de un par de centenares de folios, que tenían, según él, muchas explicaciones más propias de un ensayo que de una novela. Quería que el lector participara y que todos nos diéramos cuenta, por ejemplo, de que Susana Sanjuán es la mujer que hemos soñado, ese paraíso que muy pocos alcanzan... Pedro Páramo no la alcanza nunca, se queda con las manos vacías como un pago por una de sus tantas culpas.

Entre los distintos planos temporales y los lenguajes que se entrecruzan, en *Pedro Páramo* se desarrollan varias historias con diferentes voces que van contando y recreando pasaje tras pasaje. El fin de Pedro Páramo es una muerte simbólica, quizá el fin, en una sola región del dueño de haciendas y de vidas. Su muerte no representa sólo el fin de un mundo antiguo; es la otra cara de la Revolución, es el señor que estaba detrás de unos y otros, y entre sus muros, al parecer eternos, de la Media Luna. Es la justificación para la existencia de las otras vidas: sus hijos, sus secuaces, sus siervos, la resurrección de las mujeres que alguna vez gozaron en la plena oscuridad algo de su lujuria. En esta obra la palabra es un instrumento para construir un lenguaje, una palabra que tiene sus antecedentes en la trayectoria de la narrativa jalisciense y en la vida misma del autor. Es una literatura, la de Juan Rulfo, con *historia* y con personajes de carne y hueso donde la imaginación siempre está circulando. El escritor sabe que la imaginación es infinita, no tiene límites, y que se debe romper donde se cierra el círculo; hay una puerta, puede haber una puerta de escape, y por ese lugar hay que desembocar, hay que irse. Además de la imaginación, el creador trabaja con su propia intuición y con un puñado de verdades aparentes.

A lo largo de estos últimos treinta años, *Pedro Páramo* renace con más intensidad todos los días. Es un caso único en la literatura universal: es como si Rulfo tuviera más éxitos, año tras año, al no volver a publicar otra novela. *Pedro Páramo* no conoce el descanso; va de un continente a otro, lo discuten en varios idiomas y las interpretaciones en torno a sus delirios no tienen límites. Y otro aspecto singular es que sólo ha tenido discípulos fallidos. Los seguidores jamás superaron al maestro y buscaron otras vías literarias. Es decir, *Pedro Páramo* es el punto final de un largo camino.

Sin alardes, como si los elogios pertenecieran a una región catacumbica, Juan Rulfo continúa con su trabajo de siempre en el Instituto Nacional Indigenista; edita libros de historia y de antropología, escucha a sus músicos favoritos o habla de los desafíos de su futuro inmediato. Quizá en una librería de la Avenida Insurgentes, esta misma tarde, conversó con algunos amigos sobre una antigua fotografía —«las imágenes de esos muros son extraordinarias, están plagados de esa piedra gris con la que hacen la cal; es como la piedra cruda, el aire y el sol se encargan de

desmenuzarla...»— y después explique algunos compases de *El pájaro de fuego* de Stravinsky dirigido por Karajan. Terminará su agua mineral, apagará su cigarrillo *Delicado* con las ganas de prender el siguiente y, como tantas otras veces, saldrá de la librería para adueñarse de algunas sombras noctámbulas de la Avenida Insurgentes.

ARTURO AZUELA
Tecoyotitla, 310, casa 18
Colonia Florida
010030 MEXICO 20 DF
(México)